

EL ACENTO

DEL PIANO



Personas:

PEDRO, marino.—32 años.

MARIANA, viuda.—38 años.

CLARA, hija de la anterior.—18 años.

UNA CRIADA.

La acción en Santiago, en nuestros días.

ACTO UNICO

Sala de recibo desprovista de lujo pero confortable. Puerta a la derecha que comunica con el patio, otra a la izquierda con las habitaciones. En un extremo de la sala hai un piano y un atril con piezas de música, en el otro un amplio y cómodo sofá. Mesa de centro; sobre ella una lámpara encendida cuya luz amortigua una pantalla. Al fondo una chimenea antigua y colgado del muro un reloj de péndulo. Cuadros y retratos.

Pedro escribe sentado junto a la mesa del centro; a ratos se detiene, se pasa las manos por la frente; y torna a su tarea.

Entra Mariana por la izquierda y va a sentarse en el sofá. Queda inmóvil y mientras su traje negro se confunde con el negro de las sombras que se repliegan fuera del círculo luminoso que marca la pantalla, brillan sus ojos que a ratos caen sobre Pedro con melancólico mirar.

Ha cojido de sobre la chimenea un libro y empieza a hojearlo; las albas manos que tornan las páginas con desgaire dan vida y animación a la silueta sombría de donde emerjen.

PEDRO (*Reparando en ella.*) ¡Ah, tú estás aquí... No te sentí entrar. ¿Hace rato que estabas aquí?

MARIANA.—Hace un momento no mas.

PEDRO (*Volviendo a escribir.*)—¿Y Clara?

MARIANA.—Está con las vecinas, no debe de tardar. Le he recomendado que se venga luego; la noche está muy despejada y no le hace bien el aire frío. (*Pausa. Pedro concluye de escribir y empieza a doblar el papel para introducirlo en el sobre.*)

PEDRO.—¿Y porqué se ha puesto de tan mala salud? En mi viaje anterior estaba tan desarrollada, con tan hermosos colores, la sentía tan alegre en todos nuestros paseos, que ahora la he desconocido...

MARIANA.—No sé explicarme lo que tiene; no siente dolores, no se queja, pero ese silencio, esa tristeza, sobre todo esa tristeza debe nacer de un malestar... No sé lo que tiene.

PEDRO (*Escribiendo el sobre.*)—La tristeza es una enfermedad; ¿qué necesidad hai de suponerle una causa? La tristeza sola es una enfermedad...

MARIANA.—Pero tan constante, siempre así...

PEDRO.—Hai tristezas así. (*Pausa. Pedro se levanta y pasea; despues se apoya en la chimenea y se queda mirando a Mariana en silencio.*)

MARIANA.—¿No vas a salir esta noche?

PEDRO.—Prefiero quedarme, estar aquí... Siento grandes deseos de estar inmóvil, quieto... Es como una ansia: cada vez que voi a partir despues de un tiempo de reposo me sucede lo mismo...

MARIANA.—Es natural querer estar tranquilo cuando no se sabe qué inquietudes esperan.

PEDRO (*Despues de una pausa.*)—Es que somos dobles; uno qué quisiera andar siempre y el otro reposar... ¿Tú crees que estoy mas tranquilo aquí que en mi camarote?

MARIANA.—Así me parece.

PEDRO.—Quizas no... Aunque el cuerpo esté en reposo puede el alma sobresaltarse... Yo he pasado riesgos sobre el mar pero he estado tranquilo; otras veces sin embargo... (*se detiene sin concluir de explicar su pensamiento.*) Talvez tú no me comprendas...

MARIANA (*Convicción.*)—Te comprendo. (*Pausa. Pedro se acerca al piano.*)

PEDRO.—Ahora estoy inquieto, ya ves; reposo pero estoy inquieto (*toca algunas notas.*) Estoy inquieto y triste, pero esta tristeza sé de qué proviene...

MARIANA (*Procurando desviar ese hablar.*)—Toca algo, algo del mar...

PEDRO (*Insistiendo en decir melancolias.*)—El piano, el amigo fiel, el único que siente como nosotros... Estamos tristes y nos consuela con tristezas, enfermos de sueños y nos mejora haciéndonos soñar...

MARIANA.—Tú has llegado a tocar bastante bien.

PEDRO.—La destreza de la paciencia: no tenía otra distracción. Estos últimos meses no hacía mas que dos cosas: tocar y pensar en esta hora.

MARIANA.—¿Pensar en esta hora?

PEDRO.—En que iba a venir aquí, en que... En todo eso que al son del piano imaginé que iba a suceder y que... no ha sucedido.

MARIANA (*Despues de una pausa y mientras él toca un aire melancólico.*)—¿Porqué esa tristeza, Pedro? Te vas tan luego y sin embargo te esfuerzas en que yo vea que tu estadia aquí no te ha proporcionado ninguna alegría (*reproche.*) No es jeneroso lo que haces.

PEDRO (*Tocando.*)—Olvida que voi a irme y piensa que acabo de llegar.

MARIANA (*Sincerándose.*)—Tú pensabas en algo, es cierto. Pero te hice ver que eso era imposible y me encontraste razón...

PEDRO (*Deja de tocar.*)—Razón no, yo no te encuentro razón...

MARIANA.—Bueno, pero estuviste de acuerdo conmigo. ¿Porqué entonces, antes de irte?...

PEDRO.—Es que no me resigno Mariana. (*Muestra la carta escrita.*) Ahora que acabo de fijar el día de la partida veo que no me resigno. (*Viene junto a ella.*) ¿Porqué no podría ser? He vuelto a pensar en lo que tu llamas imposible y no lo encuentro así... Escúchame, escúchame por esta pena que tengo. (*Pa.sa.*) La noche se me ocurrió que es algo mas poderoso lo que te obliga a rechazarme. Se me ocurrió eso porque sentí como nunca de grande esta ansia de tantos años... Tú no puedes pensar en diferencias de edades; hai mas, ¡ai mas...! Dímelo y te prometo que me voi sin decir una palabra...

MARIANA.—Eso, no hai mas, eso se opone: los años.

PEDRO (*Exaltándose poco a poco.*)—Pero no puede ser, no puede ser... Dime que nunca me has querido, mas bien; que jugaste conmigo para verme sufrir, para no cumplirme tus promesas. Los años! ¿Entonces por cada año de espera se iba acabando tu cariño? Y tú lo sabías y no decías nada. Esa, esa si que no es jenerosidad, la tuya. Habermos dejado soñar tanto tiempo para... Pero si no me arrepiento de haber sufrido, de haber esperado. Si lo que me desespera es que adivino que es otra tu razón, que es otra y que voi a tener que irme sin saberla... (*Abatido.*) Dímela; yo creo que tengo derecho para exigirte la verdad, la verdad...

MARIANA.—¿La verdad! Yo no sé qué verdad quieres que te confiese... Como eres joven, como los años no han mellado tu co-

razón, no me crees y te pones injusto.

PEDRO.—¡Injusto!

MARIANA.—Injusto, sí. ¿Por qué decirme que he jugado contigo, que nunca te he querido? Tú sabes que lo sufrí todo por tí, que he llorado pensando hasta qué punto yo deseé este luto... Te he querido y es ese cariño el que me dió ánimos para ver y hacerte ver que es imposible ya...

PEDRO (*Ensimismado.*)—Imposible...

MARIANA.—Yo no me resigno a que tú... En fin, Pedro, tú me comprendes... Cuando era joven, la dicha hubiera sido llamarme tuya, ser tuya... Si no se pudo entonces, ahora que los años han caído tan largos y pesados sobre mí en que no tengo canas por un milagro, en que ni siquiera puedo sufrir con desesperación, ahora tú dices que no importa todo eso... Solo de pensar en las miserias que solo recibirías de mí, solo de pensar que tú... me da vergüenza. No se puede engañar al corazón, no se debe engañar al corazón...

PEDRO.—Pero tú, Mariana, tú sabías que yo esperaba siempre...

MARIANA.—Yo tambien esperaba...

PEDRO.—¿Entonces?...

MARIANA.—Pero cuando pensé en que este sueño podía realizarse, comprendí que era imposible... fué por eso que te escribí aquella carta, tú te empeñaste en venir siempre...

PEDRO.—Porque me pareció imposible que así pensaras despues de haberme pedido que emprendiera el viaje para esperar sin impaciencia, y hacer corto el año de tu viudez... Que me mentas, que era una prueba... Y he comprendido que tu corazón no está muerto, pero algo que no comprendo se ha levantado entre nosotros...

MARIANA.—¿Por qué te esfuerzas en decirme que te engaño? (*Angustia.*) ¿No me crees, dí, no me crees?

PEDRO.—No te creo, no; no puedo creerte... Me acuerdo del día de mi llegada, miré tus ojos y eran tan grandes abiertos por la alegría; estabas contenta, estabas como yo soñaba encontrarte... Ha sido despues que tú has cambiado, en los días de este mes, cada hora mas... A veces me parece que no me hablas, que no me miras porque... tuvieras miedo... Andas, te mueves, miras como las personas que tienen algun temor... Pero eso no es; ahora ¿qué se opone, quién podría reprocharnos este amor que ha callado y sufrido tanto? (*Busca en los recuerdos.*) ¿Qué se opone? ¿Clara? (*Mariana se turba.*) Clara será mi hija, ella que ha sido como mi hermana será nuestra hija... ¿Tú crees que Clara se disgustaría por este amor? (*Viéndola absorta.*) ¿Tú crees eso?

MARIANA.—Clara... No, no creo nada. Por qué había de... pero no hablemas mas sobre esto, no tiene remedio.

PEDRO (*Animándose.*)—Clara me quiere, yo se que ella no me rechazará. Nunca ha tenido disgustos conmigo... ¿Pero por qué estás así? ¿tú crees que?... Espera, voi a hacerla llamar, se lo diremos todo. (*Trata de levantarse pero ella lo detiene de un brazo con sobresalto.*)

MARIANA.—¿Qué vas a hacer? Deja, no; no hai que decirle nada... Te he dicho que no es eso. Clara...

PEDRO.—Oh... ¿Qué es, entonces, dí, qué es?

MARIANA.—Los años... No tiene remedio...

PEDRO.—Bien, no digas nada y déjame pensar... Déjame pensar hasta en que otro amor...

MARIANA (*Con ansia.*)—Pedro, tú no pen-

EL ACENTO DEL PIANO

sarás eso nunca! ¡Dí que nunca lo pensarás! ¡Dios mío!

PEDRO.—(Transición.) Ves, ves; sientes como ántes.... Habla ahora y dí una palabra... Quita esa tristeza...

MARIANA.—Imposible, imposible; porque haces tan amarga esta amargura...

PEDRO.—(Apoya su frente en las manos, abatido.) Haber soñado tanto... (Se levanta y pasea.) Nueve años de esperanzas y ahora... tener la seguridad de que se ha de seguir viviendo... (Pasea; se acerca a la puerta derecha y queda inmóvil mirando hacia afuera. Mariana ha seguido sus movimientos con doloroso mirar. Llamando.) ¡Pabla!

MARIANA.—(Sobresalta.) ¿Qué vas a hacer? ¿qué quieres?

PEDRO.—(Tranquilo.) La carta... que la lleven. (Mirando hacia afuera.) Hermosa la noche... como para recoger felicidades... Hai noches así... (A la sirvienta que aparece en la puerta derecha.) Esa carta, que la lleven luego... (La sirvienta la coje y sate. Pedro se acerca al piano.) Hai noches así... (Toca un aire melancólico.) Las voces del piano, las voces mienten... (a Mariana.) ¿Tú has dado oído alguna vez a lo que el piano cuenta?

MARIANA.—(Afónica.) Sí, lo he escuchado.

PEDRO.—Yo también lo he escuchado mentir esperanzas.

MARIANA.—También dicen de tristezas, de hondas tristezas...

PEDRO.—No se le debe escuchar, es indudable que no se le debe escuchar...

MARIANA.—No escucharlo, ¡oh! no escucharlo... (Pausa. Pedro toca sin advertir la congoja que acusa el habla de Mariana.)

PEDRO.—¿Quieres darme la Erótica de Grieg? (Mariana se levanta, busca en el atril y coloca después la pieza en el piano.)

PEDRO.—(Tocando los primeros acordes.) Parece mentira que ahora esté el amor sobre nosotros, parece mentira... (Mariana tiene un movimiento, se retira del piano y escucha hacia afuera. Va después a sentarse en el sofá, adoptando un aire indiferente. Entra Clara. Es fea, pálida, enjuto el cuerpo, exangües las manos que sostienen la capa negra en que viene envuelta. Usa vestido corto. Al entrar se detiene y escucha.)

CLARA.—...La Erótica... (Mira a Pedro y a Mariana y viene después a sentarse junto a su madre; le habla en voz baja.) ¿Por qué no me habías llamado ántes? ¿No quiso salir?

MARIANA.—Nó... (Clara se calla y escucha absorta. Pedro toca, se turba, quiere empezar...)

PEDRO.—En fin, tengo un consuelo... Empiezo a olvidar el piano. (Deja de tocar y se vuelve.) Es un... (Advierte a Clara y se calla.)

CLARA.—Muy bien, sigue; me gusta como tocas tú...

PEDRO.—Nó, tú ahora... A ver: algo bien alegre.

CLARA.—Alegre... no sé.

PEDRO.—Cualquier cosa...

MARIANA.—(A Clara.) Toca...

CLARA.—(Se levanta y deja su capa. A Pedro.) ¿Por qué decías que era un consuelo olvidar el piano?

MARIANA.—(Mirando suplicante a Pedro.) Porque dice que lo pone triste...

PEDRO.—Eso es; me pone triste.

CLARA.—(Empieza a tocar.) ¿Tú estás triste entonces?

PEDRO.—Un poco... (Se afirma en el piano.)

CLARA.—(Lo mira melancólica y habla dulcemente.) ¿Y por qué estás triste?

PEDRO.—Porque...

MARIANA.—Pedro se va.

CLARA.—(Deja de tocar y su rostro revela una dolorosa sorpresa.) ¿Te vas? ¿Pero no decías que talvez era tu último viaje?

PEDRO.—Yo lo creía así.

CLARA.—(Con creciente inquietud.) ¿Y cuando te vas?

PEDRO.—Mañana...

CLARA.—(Mira a su madre y a Pedro.) Mañana? ¿Por qué tan luego?

PEDRO.—¡Oh! Pero... ¿Qué es lo que tiene?

MARIANA.—Está enferma, no sé... Todo este último tiempo lo ha pasado así... No habla casi; se pasa las horas junto al piano...

PEDRO.—¡El piano!...

MARIANA.—(Con angustia.) Me ha llegado a enfermar la tristeza de todo lo que toca. ¿Tú la has escuchado?

PEDRO.—Sí, pero...

MARIANA.—(Id.) ¿Y no has advertido nada? ¿No has notado la pena con que?...

PEDRO.—Talvez... ¡Pobre Clara!

MARIANA.—(Reproche.) Ahora tú te has empeñado en decir melancolias.

PEDRO.—¡Oh! Mariana, yo tampoco tengo la culpa de estar así...

SIRVIENTE.—(En la puerta.) Buscan al señor Pedro...

PEDRO.—¿Quién?

SIRVIENTE.—El caballero de la carta.

PEDRO.—¡Ah! (Sale.)

(Mariana suspira. Clara desde la puerta izquierda pasea sus ojos por la sala buscando a alguien. Viene después junto a Mariana.)

CLARA.—¿Se ha ido?

MARIANA.—(Leve sombra de reproche.) Le vinieron a buscar.

CLARA.—¿Va a volver?

MARIANA.—No debe tardar. (Id.) Me preguntó porque habías salido así tan de repente.

CLARA.—(Ruborosa.) Me da pena, madre.

MARIANA.—Tampoco yo estoy alegre, pero como se va mañana es necesario no entristecerlo con las tristezas de nosotras...

CLARA.—Se ha vuelto a poner callado y raro como era ántes. No estaba así cuando llegó...

MARIANA.—La alegría no es duradera y él nunca ha sido alegre.

CLARA.—Pero tú lo viste cuando llegó. Entonces reía, conversaba... Ahora se pasan horas enteras en que no habla... (En voz baja.) Parece que siempre estuviera escuchando algo. No te has fijado tu como pone las cejas cuando está solo? Parece que estuviera pensando; en qué pensará?

MARIANA.—(Con esfuerzo.) No sé; cómo quieres que lo sepa. Todos tenemos tantas cosas en qué pensar.

CLARA.—(Después de una pausa; con súbita angustia.) Y yo creía que no se iba a ir mas... Ruégale tú que no se vaya. El hace lo que tú quieres. Hace siempre lo que tú quieres...

MARIANA.—No puedo, él no quiere... (Aparte.) Sería demasiado... (Pedro entra con aire preocupado. Ya en la sala cambia de actitud.)

PEDRO.—A ver, pues Clara, tócame algo...

CLARA.—(Con triste sonrisa.) ¿Alegre?

PEDRO.—Alegre... t ste... lo que tú quieras; quiero escuchar las mentiras del piano. (Pedro pasea. Clara empieza a buscar en el atril. Se sienta al piano.)

MARIANA.—(A Pedro, en voz baja.) ¿Siempre mañana?

PEDRO.—Sí, mañana.

CLARA.—(A Pedro.) ¿Siempre te vas mañana?

PEDRO.—Sin falta.

CLARA.—¿Y por qué tan pronto? ¿Tan de repente?

PEDRO.—Me han llamado...

CLARA.—(Interesada.) ¿Quién?

PEDRO.—(Riendo nerviosamente.) A mí solo me llama el mar... ¿Quién otro podría llamarme?... ¡Je, je... Dos veces lo abandoné con la firme intención de no volver y las dos veces volví... (Clara toca algunos



EL ACENTO DEL PIANO

acordes segun indicacion, mientras Pedro habla.) Y qué alegre se ponía viéndose subir por la escala. El mar se ríe de las cosas de los hombres... Y como me conoce, como sabe que no tengo a nadie mas que a él, cuando me ve partir se ríe... Otros han bajado junto conmigo y no han vuelto; solo yo regreso. Parece que la tierra no se ha hecho para todos: unos labran su techo y allí se quedan felices para siempre... Yo solo puedo edificar sobre las aguas; mis sueños se derrumban en la tierra firme... (Mariana se calla; el piano solloza; Pedro se acerca a la puerta y mira a la noche. Viene después junto al piano y se detiene detrás de Clara.)

PEDRO.—Toca, toca eso otra vez... Se han puesto muy hermosos tus cabellos, Cla-

ra. (Le acaricia la cabellera.) Voi a hacer-te un obsequio para el día de tu matrimonio, sabes? (Clara se estremece y su semblante se pone pálido.) Los azahares de mi madre; tú le pedirás a tu novio que te permita colocártelos. ¿Qué te parece?

CLARA.—(Con voz estrangulada.) Yo no tengo novio...

PEDRO.—(Siempre acariciándole la cabellera.) Cuidado, Clara; ¿con que no hai nada en ese corazón?... Yo lo adivino todo y tus cabellos me están contando muchas cosas... (Vuelve a pasear.) En fin, tú me lo cobrarás cuando sea hora. Un día me escribes: "Ya está" y yo entonces te los envío... (Clara entorna los ojos; su rostro de toscas facciones se ha embellecido con el dolor. Mariana calla y con la cabeza in-

clinada, parece hundirse en la sombra. Pasando lentamente, Pedro sale de la estancia.)

CLARA.—(Con un gran sollozo se levanta del piano y viene junto a Mariana.) Madre!..

MARIANA.—(Estiende sus brazos para recibirla.) Hija, hija... ¿Por qué?...

CLARA.—(Arrodillada ante ella.) Ruégale que no se vaya, díle que no se vaya así... Tú lo puedes; sí tú lo puedes...

MARIANA.—Cálmate, cálmate, Clara...

CLARA.—Pero que no se vaya así... ¿Por qué sufre?... (Se estrecha contra el pecho de Mariana sollozando.) Tú lo sabes todo, madre, tú lo sabes todo...

MARIANA.—Sí, sí; lo sé todo... lo sé todo... Yo sola he comprendido el acento del piano.

RAFAEL MALUENDA



ENTRE los diversos beneficios a que estiende su accion la Sociedad de Fomento Fabril, figura en primer término el mantenimiento de tres escuelas de enseñanza artística industrial.

Estas tres escuelas las constituyen la de dibujo ornamental para niñas, la de dibujo ornamental para hombres, y la de modelacion. Ultimamente acaban estas de terminar su año escolar con una esposicion de los trabajos premiados. Estimulados por el deseo de procurar a nuestros lectores algunas informaciones sobre materia de tanta utilidad hemos visitado la escuela de dibujo para niñas que funciona bajo la direccion de nuestro compañero de trabajo señor José Foradori, proporcionándonos algunas fotografías sobre las principales obras que allí se esponian y que reproducimos en las ilustraciones que se acompañan en esta página. La impresion que nos dejó la observacion de estos trabajos fué bastante buena. Revelan muchos de ellos un gusto artístico bien definido y cierta prolijidad muy necesaria en esta clase de obras. Como se sabe, la enseñanza que se da en estas escuelas tiende a suministrar a los educandos conocimientos artísticos muy frecuente y necesaria aplicacion en las industrias les coloque en condiciones de ganarse despues ventajosamente en la vida sus medios de subsistencia; esto por cierto sin cohibir en aquellos que manifiestan un talento artístico mas elevado sus dotes especiales. Como se vé en nuestro país, donde las industrias y sobre todo las que requieran nociones de arte, tendrán que tomar necesariamente día a día mas incremento. La enseñanza que nos ocupa es de utilidad suma y fecunda en beneficios.

Repetimos, pues, que los trabajos exhibidos en la Escuela de Dibujo para niñas nos dejaron una impresion bastante satisfactoria. Pero así como no escaseamos nuestras alabanzas y con absoluta sinceridad no podemos menos que gastar igual franqueza anotando ciertas deficiencias que allí pudimos observar. En primer lugar llama la atencion la circunstancia de que las tres escuelas estén absolutamente separadas entre sí, no pudiendo en consecuencia participar de los beneficios que les reportaria el estar todas ellas bajo una sola supervijilancia, así como de las que procura la comunicacion constante de los profesores. En segundo lugar el local en que funciona la escuela de niñas es excesivamente estrecho siendo del todo incapaz para abrigar a las 60 inscritas que allí se educan. El Gobierno haria obra de positivo beneficio concediendo otro local mas holgado ya que el número de educandos está llamado a incrementarse constantemente. Por último el defecto capital es la pobreza verdaderamente mendicante de los modelos de yeso. Los poquísimos modelos que hai son tan faltos de gusto y de arte que en vez de despertar el sentimiento artístico en los alumnos estamos cierto que lo adormecen y enervan aun mas. Urje pues el remediar esta deficiencia enviando a Europa un artista práctico que con la natural ayuda que el Gobierno debe dispersar a estas obras, adquiera modelos ornamentales útiles para la enseñanza y de insospechable pureza de estilo; todo esto mientras se realiza la hermosa idea lanzada ya por un profesor de construir un museo de arte aplicado independientemente de toda otra materia.